

profunda oscuridad se derramó por el alma de Pitou lo mismo que se iba derramando por la naturaleza, y el pobre muchacho se quedó entregado á su dolor.

La frescura de la noche le volvió en sí.

— No volveré á la hacienda, dijo; allí no haria otra cosa que sufrir humillaciones: allí comeria el pan de una muger que ama á otro hombre; á un hombre, lo confieso, que es mas buen mozo, mas rico, mas elegante que yo. No, mi puesto no está en Pisseleux, sino en Haramont; Haramont es mi país, y allí encontraré tal vez personas que no echarán de ver que mis rodillas sean gordas ó delgadas.

Y dicho esto, Pitou sacudió sus piernas y se encaminó á Haramont, donde sin que él pudiera presumirlo, su reputacion y la de su casco y su sable le habian precedido, y donde le esperaba, ya que no la felicidad, al ménos un destino glorioso.

Ya se sabe que es propio de la pobre humanidad el no hallar nunca una felicidad.

## CAPITULO LIX

Pitou orador.

Pitou, al llegar á Villers-Cotterets, á eso de las diez de la noche, despues de haber salido de aquel punto seis horas antes, y de haber hecho aquel acelerado viage, Pitou, decimos, conoció que por aburrido que estuviese, valia mas detenerse en una buena cama, que no dormir al aire libre bajo alguna haya ó alguna encina de la selva.

Porque llegando á Haramont á las diez y media de la noche, no habia que pensar que le abriesen la puerta de ninguna casa, haciendo ya hora y media que sus habitantes estaban entregados al sueño.

Pitou se detuvo, pues, en la fonda del Delfin, donde mediante una moneda de treinta sueldos, tuvo una excelente cama, un pan de cuatro libras, un pedazo de queso y una de cuartilla de cidra.

Pitou se hallaba á la vez molido y enamorado, engañado y aburrido; de aquí resultó entre lo fisico y lo moral una lucha, en que, lo moral, victorioso en un principio, sucumbió al cabo.

Es decir, que desde las once á las dos de la madrugada Pitou lloró, suspiró y dió vueltas en la cama sin poder reconciliarse con el sueño: pero á las dos, rendido por el cansancio, cerró los ojos para no volverlos á abrir hasta las siete.

Si bien es cierto que á las diez y media de la noche todo el mundo está durmiendo en Haramont, no lo es ménos, que á las siete todos están ya de pie en Villers-Cotterets. Pitou al salir de la posada del Delfin, pudo, por lo tanto, contemplar el efecto que producía de nuevo su casco y su sable.

Habia andado apenas unos cinco pasos, cuando se encontró rodeado de una multitud de personas.

Indudablemente Pitou habia adquirido una gran popularidad en el país.

Pocos viajeros llegan á obtener un éxito tan brillante. El sol que dicen luce lo mismo para todo el mundo, no siempre brilla con el resplandor favorable para las personas que vuelven á su país con el designio de ser profetas.

Verdad es que no sucede á todos el tener una tia gruñona y avara hasta rayar en ferocidad, como lo era la tia Angélica, y no todos los que pueden despachar un gallo con arroz de una manera tan digna, suelen tener escudos de oro que ofrecer en cambio de él.

Y lo que es aun ménos frecuente, aquello cuyo origen remonta á la Odisea, es el volver con un casco en la cabeza y un sable en la cintura, sin mas equipo militar.

Porque, preciso es confesarlo, lo que mas llamaba la atencion en Pitou, era su sable y su casco.

Ya hemos visto que á no ser por los crueles dolores de su enamorado corazon, todos hubieran sido triunfos y satisfacciones para Pitou.

Así es que algunos vecinos de Villers-Cotterets, que

habian acompañado el día anterior á Pitou desde la puerta de la casa del cura Fortier, calle de Soissons, á la de la casa de la tia Angélica, determinaron, para continuar la ovacion, llevar á Pitou desde Villers-Cotterets á Haramont.

Y lo ejecutaron efectivamente como lo habian pensado, lo cual visto por los vecinos de Haramont, empezaron á apreciar á su compatriota en su verdadero valor.

Es cierto que ya la tierra se hallaba preparada para recibir la semilla.

El primer pasaje de Pitou, por rápido que hubiera sido, habia ya operado una profunda impresion en los ánimos; su casco y su sable habian quedado indelebles en la memoria de los que le habian visto como una aparicion luminosa.

Por lo tanto, los habitantes de Haramont, aprovechando la vuelta de Pitou, que no esperaban seguramente, le colmaron de las mas relevantes muestras de consideracion, rogándole que se despojase de su marcial atavío y que sentase sus reales bajo los cuatro tilos que sombreaban la plaza del pueblo, no de otro modo que suplicaban á Marte en Tesalia, en los aniversarios de sus triunfos.

Pitou se dignó acceder á aquellos deseos, con tanta mas razon, cuanto que su proyecto era el de permanecer en Haramont, aceptando el auxilio de una habitacion que uno de los belicosos compatriotas le alquiló, con todo el mueblage necesario.

Esto es, un tablado con un gergon y un colchon, dos sillas, una mesa y una jarra.

Todo ello fué valuado por el propietario en la suma de seis libras por año de alquiler; esto es, en lo que valian dos gallos con arroz.

Convenidos ya en el ajuste, Pitou tomó posesion de su domicilio, mandando servir un trago de vino á los que le habian acompañado, y como los sucesos y el vino se le habian subido á la cabeza, les dirigió un discurso desde el dintel de la puerta.

Pitou habia visto, habia aprendido, y conocia las fórmulas de la oratoria y sabia las ocho palabras sacramen-

tales con que en aquel tiempo se ponian en conmocion las masas populares.

De Mr. de Lafayette á Pitou habia sin duda una inmensa distancia; pero indudablemente habia mas de París á Haramont, hablando moralmente, por supuesto.

Pitou empezó por un exordio que no hubiera desagradado al mismo cura Fortier por descontentadizo que fuese.

— Ciudadanos, dijo, ciudadanos; esta palabra es muy dulce de pronunciar, ya la he pronunciado ante otros franceses, porque todos los franceses son hermanos; pero aquí, sobre todo, creo estar hablando con verdaderos hermanos, y mis compatriotas de Haramont son mi familia.

Las mugeres, pues habia algunas entre el auditorio, y seguramente no eran las que se hallaban mejor dispuestas en favor de Pitou, pues Pitou tenia aun las rodillas demasiado abultadas y las pantorrillas demasiado enjutas para prevenir en buen sentido respecto al sexo femenino, las mugeres, decimos, al oír la palabra *familia*, pensaron en aquel pobre Pitou, desgraciado, huérfano, abandonado desde la muerte de su madre, que no habia nunca podido contentar debidamente su exigente estómago.

Y la palabra *familia* pronunciada por aquel jóven que no la tenia, conmovió en muchas de ellas esa fibra tan sensible que contiene el manantial de las lágrimas.

Concluido el exordio, Pitou dió principio á la narracion, segunda parte de todo discurso.

Dió cuenta de su viage á París, los motines, la toma de la Bastilla y las venganzas del pueblo; habló muy por encima de la parte que habia tomado en el combate de la plaza del Palacio Real y del arrabal de San Antonio, pero cuanto mas hablaba de aquellos hechos de armas tanto mas se engrandecia á los ojos de sus compatriotas; y al terminar la narracion de Pitou, su casco habia tomado las dimensiones de la media naranj de los Inválidos, y su sable era tan largo como el campanario de la iglesia de Haramont.

Concluida que fué, Pitou pasó á la confirmacion, esa

delicada obra en que reconocia Ciceron al verdadero orador.

Probó que las pasiones populares se habian justamente levantado contra los agiotistas. Dijo muy buenas cosas de Pitt y de su hijo, explicó la revolucion por medio de los privilegios concedidos á la nobleza y al clero, y por último, invitó al pueblo de Haramont á hacer en pequeño lo que el pueblo frances habia hecho en grande, es decir, á reunirse contra el enemigo comun.

De la confirmacion pasó Pitou á la peroracion, por medio de una de esas transiciones sublimes que son peculiares de los grandes oradores.

Dejó caer su sable, y al levantarle del suelo le sacó inadvertidamente de la vaina.

Lo cual le suministró el testo de una proposicion incendiaria que llamaba á las armas á los habitantes del distrito, á imitacion de los parisienses.

Los haramonteses, entusiasmados, respondieron con descompasadas aclamaciones.

Y la revolucion fué proclamada y victoreada en el pueblo.

Los vecinos de Villers-Cotterets, que habian acudido á la sesion, salieron de ella con el corazon henchido de patriotismo, y cantando en el tono mas amenazador para los aristócratas :

¡ Viva Enrique IV,  
Viva el valiente rey!

Rouget de l'Isle no habia aun compuesto la *Marselesa*, y los revolucionarios del año 90 no habian aun resucitado el antiguo *Ça ira* popular, pues se hallaban aun en el año de gracia de 1789.

Pitou creyó haber pronunciado tan solo un discurso, y habia hecho una revolucion.

Entró en su casa, se regaló con un pedazo de pan moreno y el resto del queso de la posada del Delfin, resto de queso preciosamente conservado en su casco, y en seguida se fué á comprar alambre para hacer ballestas y

lazos, que en cuanto llegó la noche colocó en la selva. Aquella misma noche, Pitou cogió un conejo y un gazo.

Bien hubiera querido atrapar una liebre, pero por aquel parage no habia ninguna, y Pitou tuvo que recordar el antiguo adagio de los cazadores: perros y gatos, liebres y conejos, nunca viven juntos.

Hubiera tenido que andar tres ó cuatro leguas para llegar hasta un parage abundante de liebres, y Pitou se hallaba demasiado fatigado, pues sus piernas habian trabajado el dia anterior todo cuanto se podia exigir en una jornada, despues de haber recorrido quince leguas, y habian sustentado durante las cuatro ó cinco últimas, á un hombre rendido por el dolor, que es la mas pesada carga que pueden soportar unas piernas largas.

A eso de la una de la mañana entró en su casa con su primera presa, esperando tener otra durante el resto de ella.

Metióse en la cama, conservando un recuerdo tan amargo de aquel dolor que el dia antes habia fatigado sus piernas, que no pudo dormir mas que seis horas seguidas sobre un mal colchon.

De modo que Pitou durmió desde la una á las siete de la mañana, y el sol le sorprendió durmiendo y con la ventana de par en par.

Por esta ventana mirábanle dormir treinta ó cuarenta vecinos de Haramont.

Pitou se despertó como Turena sobre su cureña, dirigió una graciosa sonrisa á sus compatriotas, y les preguntó por qué motivo acudian allí tan de mañana.

Uno de los concurrentes tomó la palabra, y daremos una cuenta exacta del diálogo que tuvo lugar.

Era el interlocutor un leñador llamado Claudio Tellier.

— Angel Pitou, dijo este, hemos estado reflexionando toda la noche; los ciudadanos deben, efectivamente, acudir á las armas, como dijiste ayer muy acertadamente, en favor de la libertad.

— Sí, lo he dicho, contestó Pitou con una energía

que probaba se hallaba dispuesto á sostener sus palabras.

— Solamente que para armarnos nos falta una cosa.

— ¿Qué?

— Armas.

— ¡Ah! es cierto, dijo Pitou.

— Con todo, hemos reflexionado lo bastante para que nuestras reflexiones no hayan sido sin fruto, y estamos decididos á armarnos á cualquier precio que sea.

— Cuando yo salí de Haramont, dijo Pitou, habia en él cinco armas de fuego; tres fusiles, una escopeta de un tiro y otra de dos.

— Pues hoy solo hay cuatro, repuso el orador; una escopeta ha reventado hace un mes de puro vieja.

— Seria la escopeta de Mr. Desire Maniquet.

— Sí; y al reventar, me ha llevado dos dedos, dijo M. Maniquet levantando por encima de su cabeza su mano mutilada; y como la desgracia me sucedió en las tierras de ese aristócrata que llaman Mr. Longpre, los aristócratas me pagarán este daño.

Pitou inclinó la cabeza en señal de asentimiento á esta justa venganza.

— De modo que solo tenemos cuatro armas de fuego, repuso Claudio Tellier.

— Pues bien, con cuatro armas teneis ya con que armar á cinco hombres.

— ¿Y cómo?

— De una manera muy sencilla; el quinto llevará una pica, como se hace en París; para cuatro hombres armados de fusiles se pone uno armado con una pica, esto es muy cómodo, porque las picas sirven para colocar las cabezas que se cortan.

— ¡Oh! exclamó una voz que salió de enmedio del grupo; pero nosotros no cortaremos cabezas.

— No, contestó gravemente Pitou; si sabemos despreciar dignamente el oro de los Pitt, padre é hijo. Pero volvamos á las armas de fuego; no salgamos de la cuestión, como dice Mr. Bailly. ¿Cuántos hombres hay en Haramont con quienes pueda contarse?

— Treinta y dos.

— Segun eso, faltan veinte y ocho fusiles.

— Que nunca tendremos, dijo la voz que se habia dejado ya oír un poco antes.

— Eso será lo que tase un sastre, Bonifacio.

— ¿Pues qué?

— Porque yo sé el modo de tenerlos.

— ¿Y cómo?

— El pueblo de París no tenia armas tampoco. Pues bien; Mr. Marat, médico muy sábio, pero horriblemente feo, dijo al pueblo de París dónde las habia de encontrar, y el pueblo las ha encontrado.

— ¿Y á dónde dijo Mr. Marat que debian ir á buscar armas? preguntó Maniquet.

— Al cuartel de los Inválidos.

— Sí, pero en Haramont no hay Inválidos.

— Con todo, dijo Pitou, yo conozco un punto en donde hay mas de cien fusiles.

— ¿Dónde?

— En una de las salas del colegio del cura Fortier.

— ¿El cura Fortier tiene cien fusiles? segun eso ese galopin quiere armar á sus discípulos.

Pitou no sentia las mayores simpatías hácia el cura Fortier; sin embargo, aquel insulto contra su antiguo maestro le hirió profundamente.

— ¡Claudio! exclamó Pitou, ¡Claudio!

— Y bien, ¿qué hay?

— Yo no he dicho que esas armas fuesen del cura Fortier.

— Si están en su casa, serán suyas.

— Ese dilema es erróneo, Claudio. Yo estoy en casa de Badinet, y sin embargo, la casa de Badinet no es mia.

— Es cierto, dijo Badinet.

— Así pues, como iba diciendo, las armas en cuestión no son del cura Fortier, dijo Pitou.

— ¿Pues á quién pertenecen?

— Al ayuntamiento.

— Pues entonces, ¿cómo es que se hallan en casa del cura?

— Porque la casa que ocupa el cura Fortier es del ayuntamiento, que le dá habitación por decir misa y por enseñar gratis á los hijos de los pobres. Ahora bien, supuesto que la casa que ocupa el cura Fortier es propiedad del ayuntamiento, nada tiene de extraño que el ayuntamiento se haya reservado una habitación en ella para guardar esas armas.

— Es verdad, dijeron los concurrentes.

— Pues ahora lo que se necesita es saber cómo nos apoderaremos de esas armas.

La pregunta dejó un poco suspenso á Pitou, que se rascó la oreja.

— Vamos, despáchate, Pitou, porque tenemos que ir á trabajar.

Pitou respiró con mas desahogo, pues el último interlocutor le habia proporcionado una escapatoria.

— ¡Trabajar! exclamó Pitou. ¡Hablais de armaros y pensais en trabajar!

Y Pitou acentuó sus palabras con un tono tan irónico de desprecio, que los haramonteses se miraron avergonzados.

— Si es preciso, sacrificaremos algunos dias de trabajo, dijo uno de ellos, para ser libres.

— Para ser libres, dijo Pitou, es preciso sacrificar, no algunos dias, sino todos.

— Segun eso, dijo Bonifacio, cuando se trabaja por la libertad, se descansa.

— ¡Bonifacio! exclamo Pitou con un aire de Lafayette irritado, los que no sepan hollar bajo sus pies las preocupaciones, no serán nunca libres.

— Yo, dijo Bonifacio, nada deseo mas que no trabajar, ¿Pero cómo haremos para comer?

— ¿Pues qué, se come! repuso Pitou.

— En Haramont sí, todavía se come. ¿Por ventura en París se ha abolido ya esa costumbre?

— Se come cuando se ha vencido á los tiranos. ¿Co-

mieron en París el 14 de julio? ¿se pensaba entonces en comer? No, no habia tiempo para pensar en ello.

— ¡Oh! exclamaron los mas entusiastas, seria una cosa excelente la toma de la Bastilla.

— ¡Comer! continuó desdeñosamente Pitou. ¡Beber ya era diferente, pues hacia un calor con el polvo y el humo de la pólvora!...

— ¿Y qué es lo que se bebia?

— ¿Qué bebíamos? agua, vino, aguardiente. Las mugeres eran las que nos servian.

— ¿Las mugeres?

— Sí, las mugeres, mugeres heróicas que habian hecho banderas con sus vestidos y delantales.

— ¿De veras? exclamaron los oyentes llenos de admiracion.

— Pero en fin, dijo uno de los mas excépticos, al dia siguiente comerian.

— No digo que no, contestó Pitou.

— Entonces, repuso Bonifacio con aire de triunfo, si comieron seria porque trabajaron.

— Bonifacio, dijo Pitou, estais hablando de esas cosas sin entender una palabra de todo ello. París no es una aldea. No es un grupo de campesinos oscuros que se entregan exclusivamente á las exigencias de su vientre, *Obedientia ventri*, como decimos los sábios en latin. Nada de eso; París como dice Mr. Mirabeau, es la cabeza de las naciones; es un cerebro que piensa por el resto del mundo, y un cerebro no como el del señor Bonifacio.

— Es verdad, digeron para sí los oyentes.

— Y no obstante, prosiguió Pitou, el cerebro aunque no come se nutre.

— ¿Y cómo? preguntó Bonifacio.

— Invisiblemente y del alimento mismo con que se nutre lo demas del cuerpo.

Aquí los haramontes cesaron de comprender.

— Explicanos eso, Pitou, dijo Bonifacio.

— Es muy sencillo, dijo Pitou. París es el cerebro, como he indicado ya; las provincias son los miembros,

las provincias trabajarán, beberán, comerán y París pensará.

— Pues entónces, abandono las provincias y voy á París; dijo el escéptico Bonifacio. ¿ Venis vosotros conmigo?

Una parte del auditorio no pudo contener la risa, y pareció participar de la opinion de Bonifacio.

Pitou comprendió que aquel incrédulo iba á menoscabar su influencia.

— Id, dijo, á París; y si en toda aquella ciudad hallais una facha tan ridícula como la vuestra, me comprometo á compraros cada gazapo como el que veis ahí á un lus cada uno.

Y con una mano señalaba Pitou á su gazapo, en tanto que la otra hacia sonar en su bolsillo algunos luises, resto de la munificencia de Gilberto.

Pitou á su vez arrancó carcajadas del auditorio; lo cual hizo poner el semblante de Bonifacio encendido como la grana.

— Pitou, dijo, haces mal en llamarme ridículo.

— *Ridiculus tu es*, dijo magestuosamente Pitou.

— Pero echa una mirada sobre tu persona, dijo Bonifacio.

— Por mas que me mire, lo único que podré ser es una cosa tan fea como tú, pero no tan estúpida.

Apenas habia Pitou concluido de decir estas palabras, cuando Bonifacio le asestó un puñetazo que Pitou paró muy diestramente con un ojo, pero al que contestó con un puntapié enteramente parisiense.

Este primer puntapié fué seguido de otro que derribó en tierra al escéptico.

Pitou se inclinó sobre su adversario, pareciendo dispuesto á concluir la refriega de una manera fatal, y ya todos se disponian á acudir en socorro de Bonifacio, cuando Pitou levantándose :

— Ten entendido, dijo, que los vencedores de la Bastilla no se baten á puñetazos. Yo tengo un sable, coged tú otro, y terminemos este asunto como es debido.

Y diciendo esto, Pitou desenvainó su sable, olvidando ó no olvidando que su sable y el de un anciano guardia eran los únicos que habia en Haramont.

Aquella grandeza de alma entusiasmó á la asamblea, y quedó sentado que Bonifacio era un tronera, un pobre mentecato, indigno de tomar parte en la discusion de los asuntos públicos.

Por todo lo cual, Bonifacio fué expulsado ignominiosamente.

— Ya veis, dijo Pitou, la imágen de las revoluciones de París. Como ha dicho Mr. Prudhomme ó Loustalot... Yo creo que el virtuoso Loustalot... sí, él fué, estoy seguro de ello :

« Los grandes no nos parecen grandes sino porque nosotros estamos de rodillas : levantémonos. »

Esta cita no tenia relacion alguna con la situacion, pero tal vez, sin duda por eso mismo produjo un efecto mágico.

El escéptico Bonifacio, que se hallaba retirado unos veinte pasos, sintió todo el poder de ella, y volvió humildemente á decir á Pitou :

— No debes querernos mal, porque ayer no conociamos la libertad tan bien como tú.

— No se trata aqui de la libertad, sino de los derechos del hombre.

Este segundo golpe de clavo acabó de echar por tierra á los oyentes.

— Por último, Pitou, dijo Bonifacio, tú eres un sábio, y nosotros debemos rendirte homenaje.

Pitou hizo una grave reverencia.

— Sí, dijo, la educacion y la experiencia me han colocado superior á vosotros, y si hace un momento os he hablado con alguna dureza, ha sido llevado únicamente de mi amistad hácia vosotros.

Numerosos aplausos resonaron por todas partes.

Pitou conoció que podia lanzarse.

— Acabais de hablar del trabajo, dijo : pero ¿sabeis por ventura lo que es el trabajo? Para vosotros el trabajo consiste en rajar la leña, en segar las mieses, colocar piedra... Este es vuestro trabajo. Segun vosotros yo no trabajo. Pues bien, estais en un lastimoso error, y yo solo

trabajo mas que todos vosotros, pues medito vuestra emancipacion; pienso en vuestra libertad, en vuestra igualdad. Uno solo de mis momentos vale por cien dias de vuestro trabajo. Los bueyes que aran hacen todos una misma cosa; pero el hombre que piensa, sobrepaja á todas las fuerzas de la materia. Yo valgo por todos vosotros.

Ved á Mr. de Lafayette; es un hombre delgado, rubio, de menos estatura que Claudio Tellier; tiene una nariz puntiaguda, unas piernas pequeñas y unos brazos como el palo de esa silla; en cuanto á los pies y las manos, no valen la pena de ocuparse de ellas, pues tanto valdria, al parecer, no tenerlos. Pues bien, ese hombre ha sustentado dos mundos sobre sus hombros, uno mas que Atlas, y sus pequeñas manos han roto las cadenas de la América y de la Francia.

Ahora bien, puesto que unos brazos tan pequeños han hecho todo eso, reflexionad cuánto no podrán hacer los míos.

Y diciendo esto, Pitou mostró triunfalmente sus brazos nudosos como el tronco de una encina.

Despues de lo cual se calló, seguro de haber producido un gran efecto.

Y efectivamente lo habia producido.

## CAPITULO LX

Pitou conspirador.

La mayor parte de las cosas que suceden al hombre y que llegan á ser para él grandes felicidades ó grandes honores, le provienen de haber deseado mucho ó de haber despreciado mucho.

Si se quiere hacer debidamente la aplicacion de este axioma á los sucesos y á los hombres de la historia, se podrá ver que no solo es un principio lleno de ingenio, sino eminentemente verdadero.

Por ahora nos concretaremos sin acudir á otras pruebas

á aplicarlo á Angel Pitou, que es nuestro hombre y nuestra historia.

Pitou con efecto, y permitasenos retroceder un poco y volver á la profunda herida que habia recibido su corazon, Pitou decimos, despues del cruel descubrimiento que hizo en la selva, habia sentido un gran desprecio por todas las cosas de este mundo.

El, que habia esperado hacer florecer en su corazon esa rara y preciosa planta que se llama amor: él, que habia vuelto á su pais con un casco y un sable, orgulloso de asociarse á Marte y á Venus, como decia su ilustre compatriota Demoustier en las *Cartas á Emilia sobre la Mitologia*, se encontró muy acongojado al ver que habia en los alrededores de Villers-Coterets rivales bien temibles.

El, que habia tomado una parte tan activa en la cruzada de los parisienses contra los nobles, se encontró muy pequeño al lado de la nobleza campesina, representada por Mr. Isidoro de Charny.

¡Ay! ¡un jóven tan guapo, un hombre que agradaba desde que se le vha, un caballero que llevaba unos calzones de piel y un traje de terciopelo!

¡Cómo luchar con semejante hombre!

Con un hombre que llevaba unas riquísimas botas con unas magnificas espuelas; con un hombre á quien llamaban todavía el hermano monseñor.

¡Como luchar con semejante rival! ¡con un competidor que le causaba á un mismo tiempo vergüenza y admiracion!

Pitou se hallaba celoso; estado cruel, fértil en toda clase de dolores, y que hasta entónces habia desconocido el corazon sencillo y honrado de nuestro héroe; los celos, vegetacion fenomenal venenosa que brotaba sin semillas de una tierra en que hasta entónces nadie habia visto germinar ninguna mala pasion, ni aun el amor propio, esa mala yerba que cubre los mas áridos terrenos.

Un corazon destrozado de ese modo, necesita una gran dosis de filosofia para recobrar su tranquilidad habitual.

¿Fue Pitou un gran filósofo en semejantes circunstan-

cias? Pitou, que al siguiente día de haber recibido tan terrible golpe, pensaba en hacer la guerra á los conejos y á las liebres del duque de Orleans y que á los dos días se ocupaba en pronunciar los magníficos discursos que acabamos de reproducir?

¿Tenia su corazón la dureza del pedernal, en el que cada percusión produce una chispa, ó unicamente la dulce y pasiva resistencia de la esponja, que tiene la facultad de absorber las lágrimas y de comprimirse sin romperse en el choque de las desgracias?

Esto es lo que nos hará apreciar el resto de nuestra narración. Nosotros no queremos prejuizar y nos limitaremos sencillamente al papel de narradores.

Después de recibida su visita y de terminados sus discursos, Pitou, obligado por su estómago á descender á cuidados inferiores en categoría, preparó su almuerzo y comió su gazapo, sintiendo en el alma que no fuese una liebre.

Y efectivamente si el gazapo hubiera sido una liebre, Pitou en vez de comérsela la hubiera vendido.

Esto hubiera sido un excelente negocio. Una liebre podía valer de 20 á 24 sueldos, y aunque poseedor aun de algunos luises, Pitou, que no era avaro como la tia Angélica, había heredado de su madre una buena dosis de economía, hubiera añadido estos 20 ó 24 sueldos á su tesoro.

Porque Pitou se hacia á sí mismo la reflexion de que no es necesario que un hombre haga comida de tres libras ni de 20 sueldos. Pitou conocia que no era un Lúculo, y que con los 20 sueldos de su liebre podía haber vivido una semana.

Ahora bien, durante esta semana, suponiendo que hubiese cogido una liebre el primer día, pudiera muy bien haber cogido otras tres liebres, ganando así en una semana la comida de un mes.

Segun esta cuenta, cuarenta y ocho liebres hubieran satisfecho los gastos de un año, y todo lo demas eran ganancias líquidas.

Pitou se ocupaba de estos cálculos económicos en tanto

que despachaba su gazapo, que en vez de producirle 20 sueldos le costaba uno de manteca y otro de tocino. En cuanto á las cebollas, no había tenido que hacer mas que cogérlas.

Después de la comida, la lumbre ó el paseo, dice el proverbio, así es que en cuanto concluyó de comer Pitou se dirigió á la selva para buscar un sitio á propósito para dormir.

Desde que el pobre muchacho había dejado de hablar de política y se halló á solas consigo mismo, no había cesado de presentarse á su imaginacion, el espectáculo de Mr. Isidoro de Charny galanteando á la señorita Catalina.

Las encinas y las hayas se conmovian al impulso de sus suspiros; la naturaleza que sonre siempre á los estómagos satisfechos, hacia una excepcion en favor de Pitou y se le presentaba como un gran desierto en el que no había otra cosa que conejos, gazapos y cabritos.

Una vez cobijado bajo los grandes árboles de su pueblo natal, Pitou, inspirándose con su sombra y con su frescura, se afirmó en la heroica resolucion que había tomado de alejarse de Catalina, de dejarla en plena libertad, y de no asfijarse mas de lo regular por su preferencia, no dejándose humillar mas de lo que era debido á la comparacion.

Era un esfuerzo bastante doloroso el que tenia que hacer para privarse de la vista de Catalina, mas era menester que el hombre fuese hombre.

Pero la cuestion no estaba únicamente reducida á este punto.

No se trataba precisamente de no ver á Catalina, sino mas bien de no ser visto de ella.

Porque ¿quién podía impedir que de vez en cuando el amante importuno, ocultándose con el mayor cuidado, pudiese dirigir una mirada á la bella cruel?

Nadie.

¿Qué distancia había de Haramont á Pisseleux? legua y media escasa, es decir, unas cuantas zancadas nada mas.

Si bien es cierto que hubiera sido indigno de Pitou el seguir asediando á Catalina con su cariño, después de lo

que habia pasado, no era malo el seguir espiando sus acciones y sus pasos, mediante un ejercicio que convenia maravillosamente á la salud de Pitou.

Ademas la parte de la selva que se estendia por detrás de Pisseleux hasta Boursonne, era muy abundante en caza.

Pitou iria por la noche á colocar sus lazos y al siguiente dia por la mañana, desde lo alto de algun montecillo, interrogaria á la llanura espiando los pasos de la señorita Catalina. Esto se hallaba en su derecho y era hasta cierto punto su deber con arreglo á los poderes recibidos de Billot.

Habiendo procurado tranquilizarse y fortalecerse con esta reflexion, Pitou juzgó que podia dejar de suspirar. Comió un enorme trozo de carne, y cuando vino la tarde, colocó sus lazos y se acostó sobre la yerba caliente aun con el sol de un dia caloroso.

Alli durmió como un hombre desesperado, es decir, con un sueño semejante al de la muerte.

La frescura de la noche le despertó y visitó sus lazos; nada habia caido en ellos, pero esto no le desanimó, porque Pitou no contaba nunca sino con la caza de por la mañana; pero como se sentia con la cabeza un poco pesada, decidió irse á su casa para volver al dia siguiente.

Pero este dia, que habia pasado para él tan vacio de sucesos y de intrigas, lo habian pasado los vecinos de la aldea en reflexionar y en hacer combinaciones.

Durante aquel dia que Pitou pasó en meditaciones en la selva, se hubiera podido ver á los leñadores apoyarse sobre sus hachas, á los cavadores suspender su azada en el aire y á los carpinteros detener su cepillo sobre la tosea tabla.

Pitou era la causa de todos estos movimientos perdidos, Pitou habia sido el soplo de discordia lanzado entre aquellos átomos que empezaban á flotar confusamente.

Y Pitou, causa de toda aquella conmocion, ni aun se acordaba de lo que habia dicho aquella mañana.

A la hora en que se volvía á su casa, que eran las diez,

hora en que todo el mundo debia ya hallarse durmiendo, Pitou vió un espectáculo desacostumbrado alrededor de la casa que ocupaba. Este espectáculo, lo formaban grupos de personas sentadas, grupos de pie y grupos que se paseaban.

La actitud de cada uno de estos grupos presentaba una significacion inusitada.

Pitou sin saber por qué, se figuró que todos aquellos grupos se ocupaban de él.

Y cuando pasó por la calle todos se conmovieron como bajo la impresión de un chispazo eléctrico indicándole con la mano.

— ¿Qué hace aquí esa gente? dijo para si Pitou; todos me observan, y eso que no llevo mi casco.

Y seguidamente entró en su casa despues de haber cambiado algunos saludos con sus vecinos.

Pero apenas hubo cerrado la puerta, cuando creyó oír un golpe en la parte exterior de ella.

Pitou no encendió luz para acostarse, pues la luz era un lujo demasiado dispendioso para un hombre que como él tenia una sola cama y no podia temer el equivocarse, y que ademas no se ocupaba en leer por carecer de libros.

Pero lo cierto es que llamaban á la puerta, y que Pitou levantó el picaporte.

Dos vecinos de Haramont entraron familiarmente en su casa.

— ¡Calla! ¿no tienes luz, Pitou? dijo uno de ellos.

— No, contestó Pitou; ¿y para qué quiero luz?

— ¿Para qué? para ver.

— ¡Oh! yo veo de noche, soy nictálope.

Y para dar una prueba de esta facultad, prosiguió:

— Buenas noches, Claudio; buenas noches, Desiré.

— Ahora bien, Pitou, aquí nos tienes.

— Es una visita muy agradable; ¿pero qué es lo que quereis.

— Salgamos á la claridad, dijo Claudio.

— ¿A la claridad de qué? no hay luna.

— A la claridad del cielo.

— ¿Tienes algo que hablarme?

— Sí, tenemos que hablarte, Angel.

Y Claudio acentuó estas palabras.

— Vamos, pues, dijo Pitou.

Y los tres amigos salieron de la habitacion.

Llegaron hasta la entrada del bosque, y allí se detuvieron sin poder presumir Pitou qué es lo que solicitaban de él.

— Y bien, preguntó Pitou viendo que sus dos compañeros se detenían ¿á qué hemos venido aquí?

— Angel, dijo Claudio, yo y Maniquet somos los que llevamos la voz en el país; ¿quieres pertenecer á los nuestros?

— ¿Con qué fin?

— ¡Oh! con el fin de....

— Vamos, acaba de una vez.

— Para conspirar, murmuró Claudio al oído de Pitou.

— ¡Ah! lo mismo que en Paris, dijo Pitou.

El hecho es que Pitou tenía miedo de la palabra y del eco de ella en medio de la selva.

— Vamos, explícate, prosiguió despues de un momento.

— Este es el hecho: acércate Pitou; y tú, Maniquet, que eres cazador y que conoces todos los ruidos de la llanura y de los bosques, tanto de dia como de noche, examina si alguien nos ha seguido; escucha si hay alguno que nos espie.

Maniquet describió un círculo alrededor de Pitou y de Claudio, con tanto silencio como el lobo lo describe alrededor de un rebaño de ovejas.

Despues volvió á reunirse con sus dos compañeros.

— Puedes hablar, dijo; estamos completamente solos.

— Hijos míos, repuso Claudio, todos los pueblos de Francia, segun tú nos has dicho, quieren tomar las armas y tener una guardia nacional.

— Es verdad, dijo Pitou.

— Ahora bien, ¿por qué Haramont no ha de hacer lo mismo?

— Pero tú, Claudio, has dicho ayer cuando yo hacia la

proposicion de que nos armásemos, que no habia armas en Haramont.

— En cuanto á eso no debemos tener cuidado, puesto que tú sabes donde las hay.

— Sí, es cierto; dijo Pitou que veía venir á Claudio y que comprendia el compromiso en que le iba á colocar.

— Pues bien, continuó Claudio, todos los jóvenes patriotas del país hemos estado deliberando.

— Bien.

— Somos treinta y tres.

— Es la tercera parte de ciento menos uno, dijo Pitou.

— ¿Sabes tú el ejercicio? preguntó Claudio.

— ¡Pues no que no! contestó Pitou, que ni aun sabia llevar su sable.

— Está bien; ¿y la táctica?

— He visto maniobrar diez veces al general Lafayette con cuarenta mil hombres; respondió Pitou.

— Muy bien; dijo Maniquet, que se cansaba de guardar silencio y que sin ser exigente queria, sin embargo, intercalar alguna que otra palabra en la conversacion.

— Pues entónces dinos si quieres ponerte á nuestra cabeza.

— ¡Yo! exclamó Pitou dando un salto hácia atrás.

— ¡Sí! ¡tú!

Y los dos conspiradores miraron de hito en hito á Pitou.

— ¿Qué, vacilas? preguntó Claudio.

— Yo....

— ¿Segun eso, no eres un buen patriota? preguntó Maniquet.

— ¡Oh! en cuanto á eso...

— ¿Temes alguna cosa?

— ¡Yo temer! ¡temer un vencedor de la Bastilla! ¡un hombre condecorado!

— ¡Tú condecorado!

— Sí; me darán una medalla en el momento que las acuñen. Mr. Billot me ha prometido pedirla á nombre mio.

— ¡Condecorado! ¡tendremos un gefe condecorado! exclamó Claudio con el mayor entusiasmo.

— Vamos, ¿aceptas? preguntó Maniquet.

— Sí, acepto, respondió Pitou escitado por el entusiasmo, y tal vez llevado mas bien de un sentimiento que se despertaba en él por la vez primera, y que se llama orgullo.

— Pues quedamos en ello, y desde mañana mismo serás nuestro gefe y nos mandarás.

— ¿Y qué tendré que mandaros?

— ¿El qué? el ejercicio.

— ¿Y los fusiles?

— Ya tú sabes donde están.

— ¡Ya! sí, en casa del cura Fortier.

— Eso es.

— Solamente que el cura Fortier se negará á entregármelos.

— Entónces harás lo que los patriotas han hecho en los Inválidos; los tomarás.

— ¿Yo solo?

— Irás con un documento que llevará nuestras firmas, y ademas, en caso necesario, te daremos auxilio y pondremos en connoction á Villers-Cotterets.

Pitou movió la cabeza.

— El cura Fortier es algo testarudo, dijo.

— ¡Bah! tú eras su discípulo mas querido y no podrá negarte nada de cuanto le pidas.

— Bien se vé que no le conoces, dijo Pitou dando un suspiro.

— ¿Pues qué, crees que ese viejo se negará á entregarte las armas?

— Se negaría á entregárselas á un escuadron de alemanes. Es un testarudo, *injustum et tenacem*. Pero vosotros no sabeis ni aun latin.

Los dos haramonteses no se dejaron fascinar por aquella erudicion.

— ¡A fé mia! exclamó Maniquet, hemos elegido un gefe incomparable; todos son obstáculos para él.

Claudio mené la cabeza con aire descontento,

Pitou comprendió que acababa de comprometer su elevada posicion y se acordó de que la fortuna ayuda á los asados.

— Pues bien, dijo, ya veremos como salir airosos del asunto.

— ¿De manera que te encargas de los fusiles?

— Me encargo de intentar tenerlos.

Un murmullo de aprobacion reemplazó al ligero murmullo de descontento que habia empezado á observarse entre los conspiradores.

— ¡Oh! dijo para sí Pitou; estas gentes me hacen la ley aun antes de que sea su gefe. ¿Qué será despues?

— ¡Intentar! exclamó Claudio: eso no basta.

— Si no basta encárgate tú, respondió Pitou, yo cedo el mando que me prometeis. Anda y ve á habértelas con el cura Fortier en su palacio encantado.

— Pues no valia la pena de volver de París con un sable y un casco para tener tantos temores.

— Un sable y un casco no son una coraza, y aun cuando fueran, el cura Fortier sabria encontrar el sitio débil de ella.

Claudio y Maniquet parecieron ceder á esta observacion.

— Vamos, Pitou, hijo mio, dijo Claudio.

(Hijo mio, es un término amistoso muy usado en el país.)

— Pues bien, sea como querais, dijo Pitou; ¡pero sed obedientes, pardiez!

— Ya verás como somos obedientes, dijo Claudio guiñando el ojo á Maniquet.

— Tú te encargarás de los fusiles, dijo Maniquet.

— Corriente, dijo Pitou, aunque poco tranquilo por el resultado de su comision, pero á quien la ambicion empujaba á aconsejar atrevidas empresas.

— ¿Lo prometes?

— Lo juro.

Pitou estendió la mano, y sus dos compañeros hicieron lo mismo.

Y hé aquí cómo á la luz de las estrellas y en medio del bosque, se declaró la insurreccion por los tres haramonteses, inocentes plagiarios de Guillermo Tell y de sus compañeros.

El hecho es que Pitou entreveía como término de sus fatigas, la dicha de verse investido con las insignias de la guardia nacional, y que estas insignias podrian llegar á imprimir ya que no remordimientos, por lo menos serías reflexiones en la señorita Catalina.

Consagrado así por la voluntad de sus electores, Pitou volvió á su casa, pensando en los medios de procurar armas á sus treinta y tres guardias nacionales.

### CAPITULO LXI

Donde se vé el principio monárquico representado por el cura Fortier, y el principio revolucionario representado por Pitou.

Aquella noche, Pitou la pasó tan preocupado con el señalado honor que le habian hecho, que se olvidó de ir á visitar sus lazos.

Al dia siguiente se armó con su casco y su sable y se puso en camino para Villers-Cotterets.

Las seis de la mañana daban en el reloj de la ciudad, cuando Pitou llegó á la plaza del palacio y llamó cautelosamente á la puertecita que daba al jardin del cura Fortier.

Pitou habia llamado lo suficiente para tranquilizar su conciencia, pero lo bastante débilmente para que no fuese oido de las personas de la casa.

Así esperaba ganar un cuarto de hora, y durante este tiempo se ocupaba en adornar con algunas flores oratorias el discurso que habia preparado para el cura Fortier.

Su asombro fué grande al ver que á pesar de su prevision vió abrirse la puerta; pero este asombro cesó cuando en la persona que abria aquella puerta reconoció á Sebastian Gilberto.

El niño se paseaba por el jardincillo estudiando su leccion, ó mas bien, haciendo como que la estudiaba, porque

con el libro abierto, su imaginacion corria caprichosamente tras de todo cuanto amaba en el mundo.

Sebastian dejó escapar un grito de alegría al ver á Pitou.

Abrazáronse ambos jóvenes y en seguida Sebastian preguntó:

— ¿Tienes noticias de París?

— No; ¿y tú? preguntó á su vez Pitou.

— Yo sí, mi padre me ha escrito.

— ¡ Ah! exclamó Pitou.

— Y en ella hay un parrafo para tí. Y sacando una carta de su pecho, la entregó á Pitou.

« P. D. Billot encarga á Pitou que no incomode ni distraiga á las gentes de la hacienda. »

— ¡ Oh! exclamó Pitou, he aquí una recomendacion inútil. Yo no puedo incomodar ni entretener á nadie en la hacienda.

Despues añadió por lo bajo y exhalando un doloroso suspiro:

— A Mr. Isidoro es á quien podia convenirle esa advertencia.

Pero en seguida se repuso de la emocion que le habian causado sus amantes recuerdos, y devolviendo la carta á Sebastian.

— ¿ Donde está el cura Fortier? preguntó.

El niño prestó oido, y aunque todo el patio y una parte del jardin le separaba de la escalera que crugia bajo los pies del digno cura:

— Ahí está justamente, dijo.

Pitou pasó del jardin al patio y solo entónces oyó las pisadas del cura.

El digno preceptor bajaba lentamente la escalera leyendo un periódico.

Con la vista fija en el papel, pues sabia de memoria el número de los escalones y las entradas y salidas de la antigua casa, el cura llegó hasta donde estaba Pitou, que acababa de dar á su persona el aire mas magestuoso posible ante su adversario político.

Digamos ahora algunas palabras en aclaracion de una